



SERENDIPIA®

arte

Año II. No. 23. Septiembre-Octubre 2011. Ejemplar Gratuito.

Para una historia de los diseños mexicanos

EL BESO DE MIMÍ

Mtro. Ignacio Salazar Arroyo

Las imágenes artísticas se multiplican por miles diariamente, su proyección a través de todo tipo de medios es vertiginosa, van desde la fotografía –fija o en movimiento– hasta todo tipo de impresos bifurcándose por medio de la red a decenas de miles de cibernautas, quienes los registran, almacenan o desechan. En estos escenarios, casi caleidoscópicos, se van insertando las estrategias culturales que definen las constantes transformaciones en nuestros modos de ver e interactuar como sociedades.

En esta vasta diversidad, los diseños han ido construyendo modos cada vez más efectivos para persuadir y conducir a las masas. Las posibilidades de resistencia y contención ante las interminables avalanchas de imágenes son pocas y podríamos pensar que resultan ilusorias. No podemos detener a los sofisticados instrumentos de penetración cultural que, a cada paso, nos envuelven y quedan como marcas de fuego en la mente.

Es importante observar y reflexionar, dentro de este universo de imágenes que componen el mosaico de la contemporaneidad visual, la derivación de la pintura que, durante siglos, construyó imágenes mentales a partir de la Historia y la Literatura, o las narraciones orales: me refiero a las ilustraciones. Desde Egipto hasta el Renacimiento, pasando por el Medioevo y hasta la Modernidad, las ilustraciones caminaron a la par del grabado, la pintura y el dibujo para construir la estética que sensibilizaba a las sociedades; sin embargo, lo que era un atributo propio de la cultura devino, en este caso, en un pernicioso instrumento de control.

Al visitar en Estados Unidos, la Florida, donde se encuentra Orlando, es difícil resistir el impulso de visitar el mundo de *Disney*. Desde la llegada al aeropuerto, se va construyendo inteligentemente un

tobogán de calles, avenidas, restaurantes y parques temáticos que conducen finalmente al viajero a la meca de las ilusiones: *Disneyworld*, donde es preciso hablar de entretenimiento cultural; pero no solamente porque hoy cualquier entretenimiento o diversión forma parte de la cultura, sino porque este parque, que ha aspirado a convertirse en un mundo de diversiones, pretende implantar *la diversión* como una forma más que define el terreno de la cultura. Las diferentes regiones que configuran este reino mágico reactivan exactamente igual que ciertos comerciales o producciones televisivas, un viejo trasfondo cultural estratificado en nuestro imaginario no sólo occidental, sino desde hace décadas, mundial.

Todo lo que antaño se depositaba en cada uno de nosotros por medio de los libros y cuentos (los mitos con los que nos criaron en nuestra niñez), se encuentran en un gran espacio norteamericanizado, donde –desde la límpida entrada– uno es conducido, paso a paso, hasta la gran plaza, desde la cual parte una avenida repleta de banderas con sus respectivas barras que enmarcan desfiles interminables matizados con canciones, cuyas letras nos hablan de la *beautiful America* y, la libertad y democracia que pregona tanto el *Pato Donald* como *Mimí*. La campana de la libertad

inicia el recorrido hacia la rotonda, desde donde se parte hacia las diferentes tierras en que se divide el reino mágico.

Cada adulto que acompaña a los niños revive sus más íntimos recuerdos que, almacenados desde la infancia, son hábilmente resucitados por *Tribilín* o *Pluto*. El adulto regresa al calor de su niñez y siente la delicada suavidad del modo estadounidense que se hace presente a cada paso. Las huellas dejadas en la mente infantil son las que determinan, en buena medida, la condición de nuestras acciones ¡y bien sabemos lo maleable que es la mente de un niño! No conoce de oscuras intenciones, de mentiras y engaños, y menos de crear formas de conducta que informen y conduzcan a los grupos sociales a devenir en conglomerados altamente predecibles.

Al observar los rostros de los visitantes al mundo mágico de *Disney*, los más emocionados parecían ser los adultos, quienes hacen toda suerte de esfuerzos por alentar a los niños a seguir adelante en la búsqueda de la felicidad. Esta aldea de plástico, globalizada y hedonista, encuentra un modelo vecino llamado *EPCOT Center*, donde conviven en armónica hermandad países de los cinco continentes, donde nuevamente la globalización es catalizada a través de las

marcas emblemáticas de las principales transnacionales estadounidenses.

En el mundo de *Disney*, la mente regresa a la felicidad de lo suave y limpio, no debe haber preocupación por la miseria ni el hambre y, menos por la enfermedad y la muerte; no hay mejor antídoto contra la angustia que un abrazo a *Mickey Mouse*.

Esta industria cultural, inteligentemente diseñada, tiene sus orígenes en los años 30 con el cine como herramienta para entretener a un mundo deseoso de evadir las condiciones de su existencia a través de una poderosa fuerza cultural.

Sentado en una banca observando el paso de miles de visitantes de diferentes naciones, pude recordar cuando les pusieron a los franceses el *EuroDisney* y cómo los intelectuales se sumaron a la ola de protestas ante ese *Chernobyl cultural*; frente el cual, finalmente, no tuvieron más que aceptar que un coloso cultural de tales dimensiones les habían ganado la partida nuevamente y que, ahora, la suavcita voz de *Mickey* hablaba francés. Así, lo mismo en Japón y en cada hogar del planeta se encuentra un tierno personaje de *Disney* como propaganda.

Durante el gobierno de Salvador Allende, el escritor chileno Ariel Dorfman publicó *Cómo leer al*

Pato Donald, junto con el sociólogo belga Armand Mattelart. La empresa *Disney* intervino e incautó los ejemplares acusándolo de violación a los derechos de autor. Este libro, si mal no recordamos, protestaba contra la distracción como forma de vida, donde el último sentido de la existencia era divertirse. En aquel libro se llamaba a reflexionar sobre otra forma de vida: la Revolución Socialista.

Este sentido de la diversión como forma compulsiva de la evasión existencial, tiene en *Disney* uno de los más conspicuos ejemplos para infantilizar a las masas, en el que la manera cultural estadounidense puede tocar mecanismos incrustados en lo más profundo de nuestro ser.

Al terminar los espectáculos por la noche, se realizan los desfiles de carros alegóricos tematizados por las películas o por los personajes de este mundo ilusorio. El visitante se encuentra totalmente embotado y con un ruido mental que le va a costar semanas disolver, tal vez nunca lo olvide y tenga por siempre las tontas tonaditas de *It's a small World* como una reverberación sin fin o, peor aún, recuerde por siempre el beso de bienvenida al parque de *Mimí*.

El visitante pasa, así, un día en un mundo sin conflictos graves atendido por chicos lobotomizados y

con la mirada perdida, dentro de un mundo de risitas tontas; un mundo donde la más importante decisión es a qué jugar, cómo distraerse y evadir cualquier acercamiento a la conciencia de la realidad. No es fortuito que la simpática y suavecita utopía de *Disney* crezca más día con día, se difunda y prospere como una invencible fuerza cultural.

Sólo la introspección y sensibilidad hacia lo esencial de lo humano, sólo la preservación de los valores culturales, sólo la solidaridad social a través de la diversidad y el respeto cultural, nos ayudarán a no quedar sepultados por el alud de mentiras ilusorias.

Mtro. Ignacio Salazar Arroyo
Escuela Nacional de Artes Plásticas de la
Universidad Nacional Autónoma de México.